

## Hombres, ideas y libros

### André Gide y "Si le grain ne meurt"

(Especial para ATENEA)

**A**L concluir sus estudios de retórica, Gide lee las páginas en las cuales Schopenhauer intenta establecer las diferencias entre el espíritu del historiador y el del poeta. Y nos cuenta: «¡He aquí, pensé encantado, la razón por la cual no entiendo nada la historia! ¡es que soy poeta! ¡Quiero ser poeta!».

Es así como, cayendo en la trampa que la vocación literaria tiende a sus elegidos, Gide creyó descubrir en sí un poeta, cuando en realidad se encaminaba a ser uno de los mejores prosadores de nuestra época. Creemos importante citar el párrafo en que nos da el resumen de su evolución: «En aquel tiempo yo tenía por los versos predilección apasionada; la poesía me parecía ser la flor y el fin de la vida. He tardado mucho tiempo en reconocer—y creo que no es bueno reconocer eso demasiado pronto—la superioridad de la hermosa prosa y su mayor rareza».

Su primera gran emoción de lector fué el descubrimiento de los poemas de Henri Heine. Al llamado de Henri Heine, responde «la abundante primavera de su corazón». En esta época también se hace más apasionada su amistad con su prima Emmanuèle, que ha llegado a ser después su mujer. Al ver lo que nos revela aquí de Emmanuèle, de su madre y de su her-

mana, comprendemos todo lo que hay de autobiográfico en *La porte étroite*. Y es lo apasionante de *Si le grain ne meurt*: ir reconociendo a cada paso en la vida de Gide los personajes y las circunstancias de sus obras. Gide dice que es lástima que se tenga que cambiar el nombre de la gente al retratarlos en un libro, porque por lo general su nombre les viene tan bien... Disfrazar los hechos le es penoso, y de allí viene quizás la artificialidad que notamos en la mayoría de sus novelas: los mismos acontecimientos, relatados en *Si le grain ne meurt*, son más patéticos. (Tal sus viajes a Argel y Tunisia, tal el curioso personaje Bavretel, el Armand de los Faux Morrayeurs). En lo que nos dice de sus amores (los más puros...) con Emmanuèle, descubrimos en el irónico Gide, en el cínico Gide, un sentimentalismo romántico, diremos más, rococó, que no deja de sorprender. No es que no aparezca nunca esta nota en sus obras, pero cuando aparece allí, en la Sinfonía Pastoral, por ejemplo, parecía poco sincera. En *Si le grain ne meurt* la extraordinaria sensibilidad de Gide nos parece, en su origen, sincera. Pero la inteligencia de Gide no deja tranquilo su corazón: a la vez quiere disimular y *exploitar* esa sensibilidad, en fin, amaestrarla. De allí, continuas explosiones, reticencias. Dice de las cartas que escribe a su prima: «su tono me es insoportable, y aquí « me veo digno de odio. Trato de persuadirme hoy que sólo « los hombres sencillos pueden ser naturalmente naturales. En « cuanto a mí, tenía que desenredar mi línea de entre una in- « finidad de curvas...» Eso es ver claro en sí mismo.

Pero sigamos adelante:

«Es en esta época (a los diez y seis años) en la que empecé a « descubrir a los griegos, que tuvieron tan decisiva influencia « sobre mi espíritu... Contemplaba el Olimpo, y el dolor del « hombre, y la severidad sonriente de los dioses: aprendía mi- « tología; yo besaba y apretaba sobre mi ardiente corazón la « belleza... Extraño:—continúa—ardía ese hermoso fervor pa- « gano exactamente al mismo tiempo que mi prepación cris- « tiana...» Se prepara a la primera comunión, con devoción extraordinaria. Nos dice: «Me acercaba a los misterios santos

« como antaño se acercaban a Eleusis. ¡Con qué fervor interrogaba!... Por toda respuesta yo aprendía cual era el número de los profetas y el itinerario de los viajes de San Pablo». No olvidemos que Gide es protestante. Después de un breve período en el cual espera hallar en la religión católica más alimento para su sensibilidad, encuentra en la Biblia lo que necesitaba. Conoció luego todas las escrituras y nos da ese nuevo dato sobre su formación literaria y religiosa: «Entraba en el texto de la antigua alianza con veneración piadosa, pero la emoción que encontraba allí no era sin duda de orden únicamente religioso, lo mismo que la que me vertían la Iliada o la Orestia no era puramente literaria. El arte y la religión se desposaban en mí, y su acuerdo me causaba un éxtasis perfecto».

Sería demasiado largo seguir a Gide en el análisis minucioso, interesantísimo, de ese período religioso. Sólo daremos algunas frases: «Me mantuve durante meses en un estado seráfico, el mismo, supongo, que se trata de alcanzar en la santidad...» Es un joven asceta: vida de regularidad conventual, una tabla en vez de cama, «por maceración», dice, oración frecuente, no sólo de día, sino, también, de noche... Después de pintarnos su fervor, Gide deja de hablarnos bruscamente de su religiosidad, para ocuparse de su iniciación en el mundo de las letras.

Pierre Louis fué su primer amigo literario: a él le comunicó sus ensayos que fueron más tarde «Les Cahiers d'André Walter». «Alimenté ese libro de todas mis interrogaciones, de todas mis luchas interiores, de todas mis turbaciones y perplejidades; de mi amor, sobre todo, que formaba el eje del libro». Y nos da más tarde un juicio severo sobre esta obra de juventud: «su tono de oración jaculatoria me exaspera...»

Vemos nacer, sucesivamente, después de ese libro, «La porte étroite», «Le Voyage d'Urien», «Palude», etc., etc. Nos da sobre la génesis de esas obras datos importantes y curiosos. Lo vemos ya con esa condición admirable de renovación constante que lo hacen permanecer, a los cincuenta y seis años, un escritor *joven*, de los que dan un empujón hacia adelante a la

literatura con cada libro. No amar hoy lo que ha hecho ayer, es, creo, la fuente de juventud del escritor; baño amargo, como estar bañado en llanto; pero qué bien lavado se está, qué dispuesto a las alegres despedidas, a las llegadas alegres sobre playas desconocidas... Recordar lo pasado no ha sido, en el caso de André Gide, una labor final. Estamos por creer que quiere conocerse mejor para salir más fácilmente de sí mismo. Pues ¿qué nos da después de *Si le grain ne meurt*? Su *Viaje al Congo*, que pretende ser todo, menos una obra literaria, en la cual se nos presenta más bien como hombre de acción; el hondo amor hacia los que sufren parece ser hoy la nueva llave con que pretende descubrir nuevos secretos de la vida. Se puede esperar mucho de esa modalidad.

Al terminar, diremos que, cuando pensamos en los otros grandes escritores contemporáneos de Gide (Valery, Claudel,) es con un sentimiento absoluto, tenemos formada nuestra opinión sobre ellos. Mientras que ante Gide, teniendo por él la misma admiración, estamos en actitud interrogante: ¿Qué va a hacer ese hombre? Su obra pasada camina por un lado, abandonada casi por su autor. Y él va, solo, libertado, a emprender nuevas aventuras.

✓ MARCELLE AUCLAIR.